

CATALUÑA

No es mala la idea de hacer república. El problema es saber qué república hacemos. Las hay autoritarias y democráticas: ¿Erdogan o Macron? Monárquicas y republicanas: ¿Francia o Alemania? No todo se reduce a la oposición entre monarquía y república e, incluso a veces, esta oposición sirve más para enturbiar que para aclarar. ¿Preferimos la república de la Federación Rusa o la monarquía española?

Hacer república es una de las tareas más democráticas que pueda haber. De hecho, no hay democracia sin república. En Cataluña y en el conjunto de España. Incluso se puede hacer república en una monarquía, especialmente si el monarca es el representante constitucional del Estado sin ningún poder, sea rey como en España o presidente como en Alemania o Italia.

Una monarquía constitucional que funcione más o menos bien, como la británica, es lo más cerca de una república que puede haber. También vale para España. Aquí tenemos, por mucho que desagrade al republicanismo de opereta, lo más parecido a un rey republicano. En cambio, una república sin división de poderes, sin Estado de derecho, regida por la unilateralidad y el capricho de sus dirigentes, que no rinden cuentas, es lo más parecido a una monarquía calificable de despótica.

La república salida de las leyes antiestatutarias del 6 y 8 de septiembre y del ejercicio fraudulento del derecho autoarrogado de autodeterminación los días 1 octubre y 27 de septiembre tiene todo el perfume de este tipo de monarquía despótica. El denostado Felipe VI, que apela al imperio de las leyes en lugar del imperio de los hombres, al equilibrio de poderes y a la virtud cívica que pone a los gobernantes al servicio de las leyes y no las leyes al servicio de los gobernantes, es un ejemplo de monarca republicano. Como el admiradísimo presidente legítimo en el exilio, Carles Puigdemont, con su vigilancia sobre el Gobierno cata-

Hacer tribu, en vez de república

LLUÍS BASSETS

Creyéndose vanguardia de lo mejor, la democracia, el independentismo se ha situado en vanguardia de lo peor, el tribalismo

lán, sus exigencias de unilateralidad y ruptura, es lo más parecido a un monarca huido y destronado, caudillo carlista y populista, enemigo jurado de la república y de la democracia constitucional.

El republicanismo está de horas bajas, todo hay que decirlo. Lo que está de moda es hacer comunidad, hacer tribu, con chamanes y caudillos, en lugar de construir Estados que garanticen los derechos y libertades de todos, en condiciones de igualdad y justicia. El mundo se ha tribalizado. Se ha tribalizado la política interior de los países, con la fragmentación de los espacios políticos, con la polarización, con la ocupación sectaria de los medios de comunicación públicos y con la incapacidad de diálogo e interacción entre ideologías y partidos. Y se ha tribalizado incluso la política internacional, como muy bien ha explicado Amy Chua en su libro *Political tribes*.

Group instinct and the fate of nations (Penguin Random House).

El movimiento independentista decía y creía que estaba construyendo una república y en los hechos estaba construyendo una tribu. En lugar de encontrarse al final del proceso con una república unida de catalanes libres, iguales y autogobernados, se ha encontrado con una Cataluña dividida al menos en dos tribus, cada una con un territorio, una lengua, unos caudillos y unos símbolos, sobre el papel propios de una nación, cada uno la suya, pero en los hechos expresiones de la tribu: una, la falsa república catalana, amarilla y estelada, monolingüe en catalán, antiespañola y antimonárquica; la otra la mala broma del separatismo antagonístico de Tabarnia, rojigualda y naranja, monolingüe en castellano, anticatalana y antiindependentista, y ambas forzando a los excluidos a

definirse e incorporarse a las respectivas danzas guerreras alrededor de la hoguera.

El caso del tribalismo catalán es mucho más grave que el de todos los demás que hemos conocido. En primer lugar porque, creyéndonos vanguardia de lo mejor, la democracia, nos hemos situado a la vanguardia de lo peor, el tribalismo. En segundo lugar, porque hemos abandonado un proyecto de integración nacional exitoso, el catalán, dentro de la Constitución española, en favor de una quimera de división tribal que nos hace más débiles al conjunto de los catalanes, dentro de España y de Europa. En tercer lugar, porque las responsabilidades de los catalanes nacionalistas, por muchas excusas que se busquen, son las más destacadas y graves: las tribus no han surgido de la nada o de la malevolencia de la derecha española, sino de la visión tribal de la nación que ha logrado imponer una parte importante del nacionalismo.

La manía autoexculpatoria, autointoligente e incluso autocompasiva que se ha instalado entre nosotros lleva a menudo a confundir los efectos con las causas. El paisaje tribal que ahora encontramos ha sido trabajado a conciencia y desde hace años por parte del núcleo oculto de un nacionalismo que ha acabado haciéndose etnicista y supremacista, monolingüe y antiespañol, incansable cultivador de un inexplicable sentimiento de superioridad.

Este tribalismo larvado, que Quim Torra representa tan bien, es el que ha generado por reacción una tribu de características similares pero de signo opuesto, hasta situar como primer partido catalán a Ciudadanos, efecto y no causa de todos los males que los independentistas denuncian en el partido de Inés Arrimadas. Todo esto no hubiera pasado si el republicanismo hubiera sido auténtico y no de *atrezzo*. Todavía tendríamos nación, ahora ya en peligro de extinción, en lugar de la Cataluña tribal en la que nos tocará vivir en los próximos años.



El expresidente Carles Puigdemont y los exconsejeros en el Parlament tras la DUI. /ALBERT GARCIA

Humanizar las cifras

SONIA FUERTES

El Roto es un dibujante conocido por su capacidad para captar la rendija de cinismo presente en nuestra sociedad, poniendo de relieve a menudo las incoherencias (incluso 'perversiones') de nuestras políticas. En mi opinión, dos de sus viñetas son especialmente reveladoras en cuanto a la relación entre las cifras y las personas. En la primera, un único personaje afirma: "Cuanto más miro los números, más borrosos veo las personas". En la segunda, asistimos a un diálogo entre dos personas. "Detrás de los números hay personas", dice una de ellas. "Pues que se retiren", contesta la otra.

Es evidente que el conocimiento cuantitativo de las diversas realidades nos ayuda a dar una mejor respuesta, nos permite una lectura más precisa y establecer tendencias. Los últimos años han sido ri-

cos en informes sobre pobreza y desigualdades: feminización de la pobreza, pobreza energética, pobreza infantil, exclusión residencial... Estos adjetivos nos sirven para segmentar las propuestas sin parcializar el fenómeno. No podemos olvidar que la pobreza es una, aunque se presente con varios rostros. Las respuestas no pueden ser parciales, sino transformadoras y de cambio de modelo.

Hace pocos días se publicaron los datos de pobreza en Cataluña del año 2017 (*Encuesta de condiciones de vida 2017*, Idescat). No podemos decir que nos sorprendan, desgraciadamente. Han confirmado lo que desde las entidades sociales ya advertíamos en nuestro día a día. La tasa de riesgo de pobreza ha subido ocho décimas en relación a 2016 y se sitúa en un 20%. La mayoría de los indicadores muestran un empeoramiento,

a excepción de la privación material severa, que ha bajado ligeramente (del 5,5% en 2016 al 5% en 2017). Esta es una buena noticia, junto con que se ha reducido el número de personas que tienen dificultades para llegar a fin de mes. Pero no es suficiente. Tal y como señala la Taula d'Entitats del Tercer Sector, en el aumento de la tasa de riesgo de pobreza es especialmente preocupante el de la población de menos de 16 años (se sitúa en un 28,5%, 4,5 puntos por encima del 2016). Esta cifra debe ponerse en relación con otros informes como *La transmisión intergeneracional de la pobreza* de la Fundación FOESSA, o *Aquí, hoy, todavía de Save the Children*. Cerca de 250.000 niños son pobres en Cataluña (uno de cada cuatro). El riesgo de pobreza es mayor para las familias con hijos a cargo.

Cabe destacar la subida de medio punto del riesgo de pobreza en las personas mayores, de un 15,5%. Si bien no parece especialmente representativo, apunta a una situación ya conocida: la sobrecarga que sufren las personas mayores en cuanto a su contribu-

Necesitamos medidas que nos permitan avanzar hacia un modelo social diferente, que posibilite la autonomía de las personas

ción en la economía doméstica, una situación que a menudo conlleva pérdida de autonomía y de capacidad adquisitiva. Finalmente, y como aviso para navegantes, hay que detenerse en el porcentaje de población con intensidad de trabajo muy baja, que sube 1,6 puntos y se sitúa en un 8,8%. Esta también es una realidad conocida por nosotros. La precarización del empleo dificulta las posibilidades de promoción social. Ya hace tiempo que tener un trabajo remunerado no garantiza los mínimos para vivir. Solo tenemos que poner en relación los salarios y el precio del alquiler, por ejemplo. Los trabaja-

dores y trabajadoras pobres son, pues, otra cara de la pobreza.

Necesitamos medidas que nos permitan revertir estas situaciones y avanzar hacia un modelo social diferente, que posibilite la autonomía de las personas y haga de la nuestra una sociedad menos desigual. Es evidente que la renta garantizada de ciudadanía puede favorecer este cambio, ya que supone una nueva mirada a las políticas sociales, al tiempo que puede ser una herramienta útil para empoderar a las personas. Ahora bien, no es suficiente. La inversión en educación (más allá del marco académico), la puesta en marcha del salario mínimo y las medidas para la creación de vivienda social, entre otros, son indispensables.

Ojalá la próxima *Encuesta de condiciones de vida* refleje una situación diferente. Nosotros nos esforzaremos para que así sea, porque no estamos hablando de números. Estamos hablando de personas.

Sonia Fuertes es presidenta de Entitats Catalanes d'Acció Social (ECAS).